

Laila del Monte

¿Por qué lloráis lo que no muere?

Animales...
su viaje hacia el otro Mundo

Isthar  Luna-Sol

ÍNDICE

Advertencia al lector

Prólogo

1- Agua oscura

2- Agua celeste

3- La muerte y el más allá

4- Nuestro espíritu

5- Cuando un animal parte

6- Las otras dimensiones

7- ¿Están preparados para partir?

8- Entre la vida y la muerte

9- ¿Es la hora de partir?

10- ¿Sabén los animales cuándo van a partir?

11- Las circunstancias de la muerte y la mortalidad

12- ¿Se trata del destino o de una decisión?

13- ¿Debemos partir?

14- ¿Es posible disuadir a la sombra de la muerte? ¿Quién decide?

15- ¿Puede un animal ponerse enfermo y partir por nosotros?

16- ¿Decide partir el animal?

17- La eutanasia

18- Cuando “ellos” vienen a buscarnos

19- El entierro y los rituales

20- Los accidentes, las muertes repentinas e inesperadas

21- La tristeza

22- Vidas cortas: ¿Por qué vienen los animales a nuestra vida?

23- La culpabilidad

24- La partida que lleva al perdón

25- Cuando atraviesan el puente del arcoiris

26- Los pájaros del arcoiris

27- El cuerpo no es más que un envoltorio

28- Al otro lado del puente del arcoiris

29- Los animales que se reencuentran y los espíritus de grupo

30- La vida después de la muerte

31- Cuando sentimos su presencia, las señales: “Nuestro amor está ahí para vosotros, para siempre”

32- “Dile que le quiero” Los mensajes, los regalos

33- Cuando nos transmiten mensajes a través de sueños o visiones

34- “Siempre estamos conectados a vosotros, somos inmortales”

35- Lo que aprendemos

36- ¿Vuelven los animales?

37- ¿Nos reencontraremos después?

38- La nueva vida después de la muerte

Agradecimientos

Fuentes y Bibliografía

Glosario

ADVERTENCIA AL LECTOR

Desde mi más tierna infancia he tenido el honor y la suerte de poder vivir extraordinarias experiencias con el Más Allá. Me gustaría servirme de mis escritos para compartir con vosotros algunas de estas maravillosas experiencias, que han sido y siguen siendo regalos del «otro Mundo». Antes de nada, sin embargo, quisiera realizar algunas aclaraciones sobre los términos que empleo a lo largo del texto con el fin de que no tengáis problemas para comprender ciertos fragmentos del libro.

En primer lugar, en este libro utilizo el término «conexión» en lugar de «comunicación con los animales» porque el contacto con un animal después de su fallecimiento no está comprendido en la terminología de la comunicación con animales, se trata de una modalidad diferente. Las descripciones del Más Allá que realizo cuando establezco conexiones con animales fallecidos han sido traducidas al lenguaje humano para que podáis comprenderlas mejor y experimentar ciertas emociones. En interés del buen hacer literario y vuestra comprensión he escogido términos «humanos» para describir los colores, los olores y las sensaciones que percibo. Estos términos no forman parte del lenguaje animal.

A lo largo del libro utilizo con frecuencia la palabra «espíritu» (para traducir el término en inglés spirit, que empleo a menudo en mi vida), que también quiere decir «Alma». El uso que hago de este término está basado en mis propias experiencias con el otro Mundo, que han sido y siguen siendo para mí experiencias extraordinarias llenas de Luz. Este término no se utiliza para designar a los espíritus del mundo llamado astral. Como ya expliqué en mi primer libro, utilizo el término «guardián» en lugar de «amo» o «propietario» porque los animales son seres libres y nunca nos pertenecen. Un ser vivo no puede ser jamás el propietario de otro ser vivo. Podemos ser propietarios de una casa o de un objeto material, pero no de un ser vivo y consciente. Los animales son, al igual que nosotros, seres libres. Sus espíritus deciden compartir sus vidas con nosotros y nosotros les ofrecemos seguridad, cobijo y alimentos, pero no somos sus amos.

Cuando utilizo la palabra «misión» no quiero decir que los animales tengan una misión que cumplir para nosotros: ese concepto es puramente humano. Los animales no saben lo que significa la palabra «misión» y no tienen ni idea de qué es una «misión»: si vienen es para vivir su vida de animales y compartirla con nosotros, para experimentar a través de sus sentidos todo lo que experimenta un animal en la tierra. Sin embargo, algunos acaban suponiendo para nosotros una gran ayuda y apoyo y desempeñando un importante papel en nuestra transformación.

Por ello utilizo en ocasiones el término «misión», ya que me parece que sin

la presencia de un animal concreto en sus vidas algunas personas no hubieran podido sobrevivir a ciertos desafíos o bien superarlos y dejarlos atrás. Las referencias que hago a antiguas creencias (taoístas, hawaianas, hinduistas, amerindias, egipcias) no son más que pequeños fragmentos que menciono para que veáis que todas las creencias antiguas hablan de una conciencia que continúa después de la muerte. Es posible que estos fragmentos os hagan sentir curiosidad: los he escogido porque son parte de las creencias que he ido descubriendo a lo largo de los años, aquellas que me gustan y me dicen algo.

Naturalmente, se trata de temas muy amplios y profundos que no es posible desarrollar o tratar de forma exhaustiva en este libro. Merecen una lectura y estudio en profundidad. Cuando menciono a Great Spirit me refiero al que es, según mis convicciones personales, el «Creador de Todo lo que Existe». Si el término no os conviene durante la lectura podéis cambiarlo a vuestro gusto por «Creador», «Fuente», «Fuente de Amor» o «Amor Universal». También podéis traducirlo por «Dios» si así encaja mejor con vuestra religión o vuestras creencias espirituales. En las partes en las que hablo del Más Allá, el paraíso, el infierno o la reencarnación lo hago de acuerdo con mis propias creencias, basadas en las experiencias que he vivido.

No obstante, no es mi intención contradecir las enseñanzas de ninguna religión. Tomad tan solo lo que os guste y encaje con vuestra forma de pensar o de ser y descartad el resto. Cuando menciono a los «Médicos del Cielo» me refiero a unos espíritus sanadores venidos de lo invisible, de la luz más alta. Llevo ya muchos años tratando con ellos: decidieron hacerme el regalo de convertirse en mis guías después de realizarme numerosas operaciones físicas (ver el primer libro, Comunicarse con los Animales).

Es para mí un gran honor. Se trata de algo que forma parte de mis propias experiencias, de lo que he vivido: nadie puede asimilar como propias ni mis experiencias personales ni la relación que tengo con el otro Mundo. Cuando hablo de «sanación a distancia», me refiero a una asistencia que puedo prestar gracias a los Médicos del Cielo; no tiene nada que ver con la comunicación con los animales ni con las conexiones con animales fallecidos. Se trata de algo totalmente distinto. Esta asistencia no es una simple técnica de sanación; tampoco se trata de una capacidad pasajera ni de un «poder». No es algo que pueda transmitir o enseñar.

No soy más que un humilde instrumento, y serlo es un honor para mí. Los Médicos del Cielo me ayudan a prestar asistencia a los animales a los que les queda poco tiempo de vida, para aliviar su sufrimiento y ayudarles en la transición. No se trata de una técnica. Cuando los animales ya han fallecido no necesitan ayuda para pasar al otro Lado, tienen sus propios espíritus para eso. Yo no les «ayudo a cruzar»: los animales llevan cruzando al otro Mundo

desde tiempos inmemoriales, desde mucho antes de que hubiese humanos sobre la tierra, y pueden hacerlo perfectamente por sí solos, sin ayuda del ser humano.

No necesitan en ningún caso que nadie les «ayude a cruzar» Si al animal no se le practica la eutanasia, la decisión del momento de su partida deben tomarla el propio animal y el Creador: nosotros no podemos influir en esta decisión en modo alguno. Si el animal vive más tiempo es porque así lo ha decidido, porque la asistencia que yo le he prestado gracias a los Médicos del Cielo le ha dado la fuerza o energía que necesitaba para poder tomar la decisión. En los relatos de este libro en los que ocurren «intervenciones Divinas» yo no tengo control alguno sobre los acontecimientos: no soy más que un instrumento. Los maravillosos relatos sobre animales fallecidos que contiene este libro son todos fruto de las conexiones que yo misma he tenido el honor de establecer.

Mi mayor deseo es compartíroslos con los lectores; no para vulnerar la intimidad de la relación entre cada guardián y su animal, sino para mostráros a todos los que habéis querido y perdido a vuestros compañeros animales que siguen estando ahí, solo que al otro Lado. Así podréis tomar conciencia de lo reales que son los mensajes que os transmiten, de que nunca os juzgan, y de que a menudo están ahí para ayudaros en vuestra vida y vuestra evolución. Nada de lo que digo en este libro sobre los «espíritus» debe considerarse como la verdad absoluta: no es más que mi verdad, la de mi realidad, basada en lo que he vivido. Entiendo que aquello que es normal para mí pueda no serlo para vosotros. Lo que de verdad me importa es que entendáis que la conciencia sigue existiendo tras el fallecimiento y que el Amor que habéis encontrado gracias a vuestro querido animal está en todas partes, de manera grandiosa, luminosa e inimaginable.

PRÓLOGO

Apache era mi compañero, mi hermano, y mucho más: nuestros espíritus estaban unidos. Como mi apartamento era demasiado pequeño para los dos, él vivía con mi familia en las montañas, donde de todos modos era muy feliz. Cada vez que iba para allá, Apache lo presentía. Unos veinte minutos antes de que llegase se ponía a llorar, a ladrar y a dar vueltas en todas direcciones, y al verlo mi familia sabía que yo estaba a punto de llegar. Recuerdo que siempre sonreía al verme. ¡Sí, sonreía! Era capaz de expresar todas las emociones: no había más que mirarle el morro para saber si sentía tristeza, dolor, pena, júbilo o felicidad.

Resultaba evidente que experimentaba ciertas emociones al mismo tiempo que yo. Cuando nos reencontrábamos venía a mí antes casi de que me diese tiempo de salir del coche. Yo me arrodillaba frente a él, apoyábamos el uno la

frente contra la del otro y nos quedábamos así en silencio durante un buen rato. Pasábamos minutos enteros sin movernos, frente contra frente y los ojos cerrados. Nuestro vínculo era realmente fuerte. De vez en cuando nos íbamos de excursión por el monte. A él le encantaba ir suelto, y si veíamos animales salvajes se iba con ellos y le perdía de vista durante bastante tiempo. Al rato volvía a mi lado con el porte orgulloso de quien es un poco libre, igual que ellos.

Apache era mestizo, medio pastor alemán de pelo largo y medio pastor belga groenendael. Era magnífico; poderoso y fuerte, y también muy bueno. Un día mi familia me llamó para decirme que, como todos los pastores alemanes, Apache tenía displasia. El tren posterior se le iba paralizando poco a poco, con lo que no podía levantarse con normalidad y había que ayudarlo a salir y a hacer sus necesidades: ya no era el mismo de siempre. Cuando fui a verle hizo grandes esfuerzos para venir a mi encuentro, pero no lo consiguió; se quedó tumbado al pie de las escaleras.

Me impresionó mucho ver a Apache, tan bonito y orgulloso, así de afectado por aquella enfermedad. Su estado empeoraba cada día. Un día que estaba de acampada a 500 kilómetros de distancia, mis familiares me llamaron para decirme que Apache estaba sufriendo demasiado y que verlo así les resultaba insoportable: querían hacerle partir al otro mundo. Yo me negué rotundamente porque no estaba de acuerdo con que dejase de estar en mi vida, ni tampoco preparado para ello. Además, me encontraba lejos y quería verle al menos una vez más. Aquel fin de semana participé en un seminario de comunicación con los animales impartido precisamente por Laila Del Monte, a la que acababa de conocer.

Me había llevado fotos de Apache, y Laila me ofreció amablemente realizar una comunicación con él. Acepté, aunque en cierto modo tenía miedo de lo que pudiera decirme. Después de la comunicación, Laila me dijo que le daba la impresión de que Apache no quería marcharse todavía; le parecía que deseaba quedarse más tiempo, porque podía soportar el dolor y prefería partir plácidamente. También me contó que quería verme, con lo que decidí que una vez terminase el seminario me pondría al volante para recorrer los 500 kilómetros que me separaban de Apache e ir a verle, probablemente por última vez.

Al día siguiente llamé a mis familiares para decirles lo que Laila me había comunicado... y lo que me dijeron por teléfono me produjo una enorme y dolorosa conmoción: habían hecho partir a Apache. Al verle tan mal, mis parientes habían tomado la decisión sin mi consentimiento. Igual que muchas personas cuando se enfrentan al sufrimiento de su animal, creían haber hecho bien al atajarlo, ya que era para ellos demasiado duro de contemplar. Lo que no sabían es que Apache no había querido marcharse tan pronto..

Me quedé hundido. Mi compañero se había marchado al otro Mundo sin que yo pudiera decirle adiós, sin que pudiera estrecharle contra mí, sin que pudiéramos apoyar la frente el uno contra la del otro por última vez. Le guardaba rencor a mis familiares por lo que habían hecho, pero ellos, que habían visto sufrir a Apache y por tanto se habían enfrentado a su propio miedo al sufrimiento, creían haber tomado la mejor decisión posible. Apesadumbrado, me esforcé por terminar el último día del seminario y llegada la tarde volví al campamento. Caía la noche y el cielo estaba muy oscuro.

Me fui a acostar sin comer nada y me metí en el saco de dormir pensando en mi amigo Apache; en aquel momento reinaba en la tienda un silencio absoluto, no se oía nada proveniente del exterior. Entonces, mientras pensaba en Apache con tristeza, me llevé una gran sorpresa: noté su olor. Sí, su olor: uno fuerte y agradable, que impregnó la tienda durante varios minutos. Me quedé ahí parado, mudo, sintiendo su presencia, y comprendí que su espíritu había venido a mí, sin duda para demostrarme que aún estaba allí y para hacer desaparecer delicadamente la profunda tristeza que me embargaba en aquellos momentos.

Entonces, empecé a hablarle: le pedí perdón por no haber podido despedirme y le expliqué que me sentía mal por ello. Le dije que le quería y que iba a echarle mucho de menos, que su partida había dejado un gran vacío en mi vida. Luego, como aún notaba su olor, comprendí que siempre estaría ahí, que podía seguir presente aunque ahora estuviera en el otro Mundo. Su olor desapareció de repente. Había venido para hacerme comprender aquello y decirme adiós. Hoy en día ya no siento tristeza cuando miro sus fotos, aunque todavía le echo mucho de menos. Sé que está conmigo y los dos estamos en paz. Espero sinceramente que este libro, escrito con mucho cariño a partir de las experiencias vividas por una mujer de buen corazón, os haga comprender lo mismo a todos vosotros.

Confío en que gracias a él os deis cuenta de que seguimos unidos a aquellos de nuestros animales que ya han partido al otro Mundo, de que no hay separación alguna entre ellos y nosotros, y de que siguen a nuestro alrededor y a nuestro lado aunque su envoltorio físico ya no esté. De verdad espero que lo aquí escrito os permita comprender mejor el pasaje de los animales al Más Allá y tomar conciencia de esta verdad que da tanta paz.

Para Apache (Gabriel Wolf)

1- Agua oscura

“El agua es fluida, mansa y ágil, y sin embargo capaz de desgastar la roca,

que es rígida e incapaz de ceder. Por regla general, todo lo que es fluido, manso y capaz de ceder puede superar a todo lo que es rígido y duro. He aquí otra paradoja: lo manso es fuerte” (Lao-Tsé, filósofo chino, siglo VI a.c.)

Tenía catorce años y odiaba el agua... Ixia murió en una cuadra durante la noche de un mes de verano, en una de las inundaciones que tuvieron lugar en el sur de Francia. De los cuarenta caballos que había en la cuadra, solamente sobrevivieron tres.

Cuando contacté con el espíritu de Ixia dos meses y medio más tarde se me apareció empapado, con los ojos desorbitados, agitado, nervioso y dando vueltas sin parar, como si estuviese buscando algo. Pude sentir su pánico, lo que me sorprendió, ya que estaba acostumbrada a ver a los animales fallecidos como seres luminosos o etéreos, algunos habiendo perdido incluso su forma animal. Ixia, sin embargo, era muy tangible y real: pude notar el olor salvaje de su pelaje mojado y apreciar todos los detalles de su crin enredada, que flotaba en el agua.

“...El agua es oscura, está fría y se arremolina por todas partes. Intento mantener la cabeza fuera del agua, intento seguir las crines negras del caballo que tengo delante, me doy un golpe contra un trozo de madera, oigo gritos pero no entiendo lo que quieren decir porque es como si estuviesen detrás de una capa de agua y el ruido es ensordecedor. Sé que hay figuras humanas arriba pero no puedo levantar la cabeza para mirarlas, el cielo es oscuro, estrepitoso, pero no tengo tiempo de pensar en ello. Trato de mantener la mirada fija en las crines negras del pequeño caballo de color beis que tengo delante y aunque el pánico me atenaza no puedo dejarme dominar por él, intento patear pero el agua es demasiado fuerte: me arrastra rápido, muy rápido, doy vueltas en todas direcciones.

Me vienen a la cabeza imágenes fugaces de Carla pero no tengo tiempo de pensar: el agua me arrastra hasta un pasillo donde el ruido es atronador y veo olas sucias, objetos que flotan y a otros caballos, caballos blancos, pero no puedo entrar en contacto con ellos, siento su pánico. El agua me arrastra más lejos y ya no puedo respirar, la corriente es demasiado fuerte y el agua entra en mi interior, me inunda, ya no veo nada, caigo en un agujero negro y húmedo sin fin...”

Por la noche, cuando por fin fue posible entrar en la cuadra, Carla fue a ver a Ixia. El caballo yacía, aún medio sumergido en el agua. Pierre, otro jinete, le había dicho que había visto a Ixia en el último momento, nadando como los otros caballos. Pierre se había puesto en peligro: había pasado allí la noche para tratar de salvar a su propio caballo, un semental, y se había quedado con él hasta el último momento, pero no había conseguido rescatarlo. El raudal había arrastrado a todos los caballos hasta el pasillo de la nave. Carla

me dijo más tarde que había también en la cuadra dos o tres caballos blancos y un poni color crema con las crines negras.

Había empezado a llover mucho antes. Como Carla tenía que asistir a un evento fuera del pueblo, llamó a los propietarios de la cuadra, que le dijeron que todo iba bien. Más tarde la red telefónica dejó de funcionar y todos los accesos quedaron bloqueados, pero aún así Carla, desesperada y muy angustiada, se las arregló para volver al pueblo. La cuadra estaba sumergida, había que coger una barca. Un primo suyo que era bombero le contó que los caballos habían podido escapar, aunque sabía que estaban muertos. Nadie le dijo nada a Carla. Los periódicos publicaron más tarde una lista de supervivientes e Ixia no estaba en ella... y en la portada del periódico local apareció una fotografía de su cabeza bajo el agua.

En la cuadra, ante su cuerpo, Carla se había inclinado para susurrarle al oído que lo sentía, que le quería, que le querría siempre. Y después se había marchado, acongojada, con una tristeza demasiado grande para llevarla en el corazón, con una culpabilidad demasiado grande para soportarla en una vida. Cuando vi el espíritu de Ixia, supe que no se había marchado. Podía sentir su angustia, su soledad, su pánico. Estaba cerca de la cuadra inundada. Carla, una joven guapa, inteligente y sensible, entendió bien las sensaciones que yo le traduje en palabras y me confirmó que Ixia siempre había sido propenso a la ansiedad y que entraba en estado de pánico con facilidad.

Lo único que Carla quería era comprender lo incomprensible; se torturaba a sí misma, quería saber si Ixia había sido feliz y no conseguía dejar atrás lo que había pasado. A mí me daba la impresión de que posiblemente Ixia todavía no hubiera vuelto a la luz. «Estoy yendo en círculos. ¿Dónde están los demás, por qué es todo tan distinto? ¿Dónde está Carla?». Ante la magnitud de la catástrofe y la pena de Carla, me sentía insignificante, como incapaz de tenderle la mano. El dolor de la dulce Carla era el mío propio, no había diferencia alguna entre nosotras. Es posible ahogarse de pena y seguir con vida...

Hay cinco ríos que separan el Hades* (el inframundo) del mundo de los vivos: el Aqueronte, por donde fluyen las aguas tenebrosas y pantanosas de la desgracia; el Cocito, el río helado y pálido de las lamentaciones; el Flegetonte, con sus raudales incendiados de llamas ardientes; el Lete, el río del aturdimiento y el olvido, y el Estigia, el río negro del odio.

El dios griego Hermes, uno de los mensajeros de los dioses, recoge las almas fallecidas de los seres, las lleva a los Infiernos que hay en el Hades y las deja en la orilla del Estigia, que es a la vez río y frontera entre la vida y la muerte. Caronte, el barquero, recoge las almas y las conduce por las

tenebrosas aguas en su barca silenciosa. Allí se encuentra también Cerbero*, el perro de tres cabezas y cola de serpiente del Hades, implacable y poderoso guardián de las puertas que llevan al mundo subterráneo. Cerbero permite que las almas entren al otro Mundo, pero no deja que ninguna salga de allí.

¿Se habría ahogado Ixia en las aguas oscuras que separan nuestro mundo del otro, o es que Cerbero no le había dejado entrar? Decidí pedirle ayuda a mis «Médicos del Cielo»*. El Médico del Cielo me dijo: «Nosotros nos encargamos». Me dijo también que aunque podíamos pedirles ayuda, una cosa estaba clara: no nos corresponde a nosotros, a los humanos, ayudar a los animales en su pasaje hacia la otra orilla, ya que para eso tienen sus propios espíritus. Luego, después de su intervención y al volver a establecer una conexión con el espíritu de Ixia, noté como una separación y vi la figura borrosa de su gran cuerpo de caballo flotando ligeramente ante mis ojos, como si la sombra de su ser físico pasase ante mí por última vez para mostrarme la sencillez de su nueva forma, etérea y luminosa.

Más tarde los Médicos del Cielo me anunciaron lo siguiente: «Ha trashumado». Había cruzado al otro lado, todo iba bien y ya no tenía de qué preocuparme. Cerbero le había dejado pasar e Ixia se encontraba ahora en las grandes llanuras del Más Allá, libre para galopar cuanto quisiera. Su cuerpo ya no existía, pero siempre quedaría un bello hilo de oro: el delicado vínculo entre él y la dulce Carla, hecho del gran cariño que ella le tenía a su querido caballo.

2- Agua celeste

“Estáis completamente sumergidos en el agua y aún así pedís agua. Es como si dijerais que alguien sumergido en agua tiene sed, que un pez en el agua tiene sed o que la propia agua tiene sed. La Gracia siempre está ahí”.
(Sri Ramana Maharshi)

Tenía diez años. Estaba en España con mi familia, en la isla de Formentera, y era un hermoso día soleado, propio del Mediterráneo. Ese día habíamos ido a una playa distinta tras un largo viaje en coche. Mis padres se habían alejado para tomar una bebida fría en la cafetería que había en lo alto de la colina, y mi hermano, Yasha (un amigo de la infancia) y yo nos habíamos quedado en la orilla del mar. El cometido de mi hermano gemelo era cuidarme: me protegía aunque tuviéramos la misma edad porque, como todo el mundo sabía, yo siempre estaba soñando despierta. El mar, inmenso y de un color azul intenso, se confundía con el cielo, que hacía que la arena, blanca y suave, emitiese destellos de luz.

Frente a nosotros se veían las costas de Marruecos, que parecían estar muy

cerca. Me aventuré en el agua, atraída por aquella extensión vasta, límpida y reflectante, sin darme cuenta de que me hundía poco a poco en ella. Mi hermano y Yasha estaban mirando a otra parte. Yo me encontraba cautivada por aquella inmensidad que parecía zafiro tornasolado, por el familiar olor fresco y salino del mar y por el profundo silencio del cielo. Me sentía envuelta en un velo azul oscuro incandescente que me llevaba a otra dimensión, una en la que el tiempo y el espacio ya no existían. Continué caminando por la arena suave y aterciopelada que había bajo mis pies, lejos ya de la costa, sorprendida de seguir haciendo pie y rodeada por un espacio infinito de color añil brillante.

Mi hermano y nuestro amigo ya no eran más que puntitos en la distancia y percibía vagamente los pensamientos de mis padres, pero todo aquello me parecía ya muy lejano: me encontraba cautivada por la belleza deslumbrante del mar y del cielo. Me acordé de una historia que me había contado Manuela, la mujer payesa* en cuya casa nos alojábamos, sobre cómo Jesús había caminado sobre las aguas. Este océano era ahora el mar radiante de Galilea, e invitaba a que ocurriesen milagros. Pensé que poder caminar sobre el agua era muy raro: el sólido cajón de arena bajo mis pies me permitía llegar lejos, muy lejos en el espacio eterno del mar.

De repente, el vacío. Dejé de hacer pie y me vi arrastrada hacia abajo en un tumulto de remolinos de agua oscura y espuma de sal. Me esforcé para no hundirme con el corazón atenazado por el miedo, pero todo era en vano, y al no poder ya respirar, empecé a tragar agua. La lucha por sobrevivir, el miedo, la fuerza de la corriente... no tenía suficientes fuerzas y me hundía, me hundía hacia el fondo, hacia el fondo del todo. Y después sentí que aquello era el fin, que ya no valía la pena seguir luchando. ¿Así terminaba todo? Me estaba hundiendo hacia el fondo del agua color azul violáceo, seguía hundiéndome, y era muy consciente de todo, más consciente que nunca...

Durante mis viajes por las islas hawaianas me hablaron de la existencia de una isla sagrada e invisible al ojo humano que se encuentra en las costas más remotas del Pacífico: la isla del Espíritu, la tierra oculta de Kawaiolakané, la isla paradisiaca de los dioses, de orillas cautivadoras y espléndidas. Hay en esta isla una fuente cuya agua cristalina se derrama junto con los peces que contiene en un estanque resplandeciente. De este estanque radiante nacen tres corrientes de agua clara, una para Kane y otras dos para los dioses Ku y Lono. Kane es el guardián de la Fuente, y por tanto de nuestra vida humana.

Cuando Kane viaja a través de las islas, golpea la tierra con su poderoso bastón para que el agua surja de ella. La fuente es de agua pura y cristalina. Si uno de los peces del estanque fuese arrojado a la tierra o al fuego, no moriría. Si a un hombre que ha muerto se le rocía con el agua de esta fuente,

vuelve a la vida. ...Y abajo del todo, en el fondo del mar de mi isla, estaba aquella fuente, más pura y luminosa que el resplandor del cielo. Yo no sabía que hubiera luz al fondo del agua, que allí abajo fuera todo tan inmenso. ¿Y, cómo es que podía respirar sin problemas? Era una manera gentil, dulce y fácil de partir. Aquella luz azul oscuro estaba viva y resultaba luminosa, acogedora y amable: avancé hacia ella...

Ascendí de repente con agua en los orificios nasales, respirando de forma entrecortada, sintiendo que se me desgarraban los pulmones. La sal y la luz cegadora del sol me hacían arder los ojos, que mantuve cerrados. Noté que un rostro se inclinaba en mi dirección y alguien tiró de mí hacia arriba, hacia la orilla y la vida, la otra vida. ¿Se trataba del rostro del dios Kane? Abrí los ojos y el sol me cegó. Gotas de agua relucientes como el brillo de las estrellas me chorreaban por los párpados. Miré el mundo que había a mi alrededor. Tenía diez años.

3- La muerte y el más allá

“...Porque el destino de los hijos de los hombres y el destino de los animales es el mismo: del mismo modo que uno muere, así lo hace el otro. Ambos respiran el mismo aliento y el hombre no es en modo alguno superior al animal: eso no es más que vanidad. Todo acaba en el mismo lugar: todo viene del polvo y se convierte en polvo. ¿Quién sabe si el aliento de los hijos de los hombres va hacia las alturas, y si el de los animales desciende a la tierra?” (Salomón, Eclesiastés 3,19-21)

La primera vez que estuve en las islas hawaianas durante una gira fue como si una bocanada de alegría y fascinación me hinchiese el corazón. Me pareció que mi corazón reconocía las islas: todas las sensaciones me resultaban familiares y tenía la impresión de estar redescubriéndolo todo, como si hubiese salido de un mundo confuso e ilusorio para regresar por fin a la vida real. Percibía pequeñas presencias por todas partes, en todos los árboles tropicales, en las magníficas y fragantes flores, en la composición del aire, hasta en la mismísima arena, y el mismo aire parecía vibrar.

Es el único lugar del mundo en el que he podido percibir de verdad la conciencia que habita en todas las cosas desde que terminó mi infancia. El aire, el sol, el mar, las flores y los pájaros parecían unirse en un alegre elogio a la vida, a mi nueva vida. Era mi paraíso en la tierra, el lugar donde mi espíritu podía liberarse de su prisión y revolotear libremente por las maravillas de las islas. Las leyendas del Pacífico me transportan a un mundo sobrenatural en el que los dioses siempre están presentes y el hombre nunca está solo en sus aventuras, sino que siempre va acompañado de toda clase de espíritus.

La idea de la muerte me parece más aceptable cuando se explica con tintes fantásticos y espirituales y se menciona a los seres del otro Mundo. La muerte sigue siendo para nosotros el gran Misterio. No se puede explicar. No comprendemos el sentido de la Vida, ni tampoco el de la Muerte. Una leyenda que siempre me ha fascinado cuenta que un día un joven llamado Maui decidió volver a casa de sus padres. Pasado un tiempo su padre le confesó que en el momento de su bautismo había omitido una parte de la oración habitual. Temía que por ello Maui fuese asesinado por su antepasada Hine Nui Te Po, la diosa de la muerte.

El joven descubrió de boca de su padre que la morada de esta diosa terrible se encontraba en el lugar donde aparecen los relámpagos, el punto en el que el horizonte se encuentra con el cielo. Sin el menor temor, afirmó que pensaba poder vencer a Hine Nui Te Po. Una vez su padre le hubo deseado buena suerte, Maui se puso en camino acompañado por sus amigos de la infancia, los pájaros. Al llegar a los dominios de Hine Nui Te Po, Maui le pidió a sus compañeros que guardasen silencio mientras se acercaba a la diosa.

Sin embargo, justo cuando estaba a punto de herir el cuerpo de Hine Nui Te Po, el pájaro Piwakawaka se echó a reír, lo que despertó a la diosa, que mató a Maui en el acto. Así es como la muerte llegó al mundo. Se dice que ningún ser vivo moriría si Maui hubiese podido acceder al cuerpo de la diosa Hine Nui Te Po. Nada de lo que escribo en este libro sobre la muerte y el Más Allá lo afirmo como una verdad absoluta. Lo que expongo aquí son mis creencias personales, que se han ido formando poco a poco a partir de mis relaciones y experiencias con el otro Mundo. Escoged lo que os guste, lo que dé sustento a vuestro espíritu, lo que os inspire, y tirad el resto al fondo del mar...

Para las grandes preguntas de la humanidad (¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Cuál es nuestro objetivo? ¿Hay vida después de la muerte?) hay numerosas respuestas posibles, pero ninguna certeza. Sin embargo, algunas personas han encontrado la certeza por sí mismas gracias a sus propias experiencias espirituales y místicas o a su confrontación con la muerte. A pesar de todo lo que se ha escrito sobre este tema, es muy difícil comprender la idea del Más Allá si no es gracias a alguna experiencia que se haya tenido al respecto.

Todos tenemos nuestras propias percepciones y creencias que cambian según nuestra religión, nuestro origen étnico y cultural y las creencias que nos hemos ido creando a lo largo de nuestra vida. Es posible compartir nuestra forma de ver la realidad con nuestros compañeros humanos, pero resulta muy difícil llegar a comprenderles del todo, saber realmente cómo percibe cada uno la realidad en esta tercera dimensión, porque cada

percepción es única a cada individuo. Es por ello que no escribo este libro para demostrar que seguimos existiendo después de la muerte.

La luz, la intensidad vibratoria de los colores, la energía distinta de cualquiera de las formas que se le conocen y el amor que he percibido son indescriptibles y están más allá de toda explicación. Además, como todo esto forma parte de mi realidad, de mis experiencias, no podría afirmar con seguridad que sea también real para vosotros. Mi realidad se ha ido formando a lo largo de los numerosos años que he pasado comunicándome con animales a los que les quedaba poco tiempo de vida, así como estableciendo conexiones con animales ya fallecidos.

Hay historias similares sobre el Más Allá que han contado personas que han vivido NDEs (Near Death Experiences, experiencias cercanas a la muerte) u OBEs (Out of Body Experiences, experiencias extracorporales). En cualquier caso, está claro que no se puede decir que lo vivido por estas personas permita describir el mundo del Más Allá, porque aunque en algún momento se las declarase clínicamente muertas, acabaron por volver a la vida. En el caso de los NDEs existe una frontera que las personas no pueden atravesar, ya que de lo contrario no podrían volver a su cuerpo, y en los relatos sobre OBEs estamos hablando de personas vivas que describen lo que experimentan al salir fuera de su cuerpo físico, en el mundo llamado astral.

¡Los animales nos hacen tan felices! Son un regalo del cielo. Por eso me gustaría limitarme simplemente a describiros lo que percibo como mi realidad gracias a las comunicaciones, las conexiones con el Más Allá, los sueños y las experiencias espirituales que he vivido en relación con los animales y su pasaje al otro Mundo.

“La conciencia de los animales es infinita y eterna, y continúa viviendo después de la muerte física: es solo que están al otro Lado”.

Espero poder así consolaros un poco por la pérdida o las pérdidas que hayáis tenido, aliviar vuestra tristeza y ayudaros a entrever un poquito lo que hay para nuestros animales en el otro Mundo. Espero poder ayudaros también a eliminar la ansiedad que acompaña a la idea de vuestro propio final para que podáis encontrar un poco de paz espiritual y disfrutar de vuestra vida de forma más plena. Es inevitable que un día perdamos al animal que tanto queremos, y que también nosotros abandonemos nuestro cuerpo.

La hora de la partida podría llegar debido a una enfermedad o un accidente, o quizá al cabo de muchos años, o tal vez muy pronto, después de solo unos meses de vida. Lo que está claro es que llegará y que los seres queridos que queden atrás sufrirán por la pérdida. No me cabe duda de que querrán saber

a cualquier precio cómo se siente el ser que se ha marchado: ¿está bien?, ¿dónde se encuentra?, ¿es feliz?, ¿ya no sufre? En mi realidad las reuniones con los seres queridos, los animales sanos y felices y los espacios luminosos con colores intensos existen de verdad.

“Las otras dimensiones, el Más Allá y los mundos intangibles no están separados de nosotros, sino que forman parte integrante del universo en el que vivimos, que está a nuestro alrededor y en nuestro interior”.

La Partida es el viaje universal que todos hemos de realizar. Todas las creencias espirituales de todas las épocas hablan de una transición y de una expansión de la conciencia más allá del cuerpo humano, y han descrito el viaje o la partida de un alma o espíritu hacia otro mundo. La descripción de este viaje y este otro mundo cambia según la creencia o religión, pero todas ellas dicen que la conciencia continúa existiendo después de la muerte del cuerpo físico. Aunque nos identifiquemos con nuestro cuerpo y nuestra personalidad, no estamos unidos al primero y no somos en realidad ni uno ni otro. Somos mucho más que eso.

Pienso de hecho que durante el sueño abandonamos nuestro cuerpo para viajar y explorar: algunas creencias hasta hablan del sueño como si fuera una pequeña muerte del cuerpo. Considero que es posible explorar el mundo del Más Allá a través de los sueños u otros métodos. En muchas tradiciones antiguas existían rituales de iniciación seguidos de largos periodos de aprendizaje en escuelas de misterios que estaban destinados a aprender a modificar la conciencia para poder viajar. Aquello permitía a los iniciados la realización de varias formas de trabajo sobre sí mismos en las que se les mostraban las vías de la transformación con el fin de tener un acceso a lo que se les presentaría después del mundo terrenal. Evidentemente, estos relatos tienen distintos enfoques según la cultura y la época, pero en el fondo muchos de ellos se parecen. Evidentemente, estos relatos tienen distintos enfoques según la cultura y la época, pero en el fondo muchos de ellos se parecen.

“Todos existimos en forma de espíritu, la contrapartida no física de nuestro ser, que va más allá del cuerpo físico, y todos estamos conectados a Great Spirit, Fuente de Todo lo que Existe. Cuando nos marchamos a las grandes llanuras del Más Allá tenemos la posibilidad de estudiar en profundidad quiénes somos realmente porque ya no estamos limitados por nuestro cuerpo físico, somos libres y nuestra conciencia puede desplazarse a su aire”.

Algunos pueblos consideraban en el pasado y siguen considerando en el presente que entrar en contacto con los seres queridos fallecidos es algo natural. Podemos encontrar historias sobre ello en todas las creencias

antiguas, y lo que es más, mucha gente dice haber vivido experiencias de este tipo tras la muerte de su animal. La mayoría lo experimenta en forma de sueños, visiones, o sensaciones: reciben mensajes o imágenes, por ejemplo, o bien perciben la presencia del ser querido junto a la cama o dentro de la casa, le oyen maullar o ladrar, lo sienten frotarse contra sus piernas o notan su olor.

Considero que hay que dejar a las almas de los difuntos en paz y no intentar establecer conexiones con ellos sin parar: la tristeza del guardián es para mí algo sagrado que se debe respetar. A veces basta con que un guardián dedique un pensamiento lleno de cariño a su animal para que se establezca un contacto mental entre los dos. Pienso que los animales fallecidos están ocupados explorando su universo interno y quizá también otras dimensiones, ya que Allí existen millares de realidades distintas. Viajar a través de las capas de las realidades es parte integrante de la evolución de todo ser vivo.

Sin embargo, también considero que cuando el guardián siente una gran angustia o tiene algún asunto sin resolver, algo que le esté causando una inmensa tristeza, puedo proponer el uso de la capacidad de ayudar que me ha sido concedida y prestar mi voz a los espíritus de los animales que han cruzado el gran Arcoíris. Gracias a esta capacidad puedo establecer un vínculo con los animales que están en el Más Allá: es un regalo por el que estoy muy agradecida. No se trata de comunicación con los animales; es una modalidad de contacto completamente distinta, en la que además yo no tomo decisión alguna: los mensajes me llegan desde el otro Mundo, desde otras dimensiones, y tan solo si el animal y otros espíritus así lo desean.

Solo así puedo recibir los mensajes que me transmiten los animales fallecidos para sus angustiados guardianes. Es para mí un gran honor, lo considero como un vínculo sagrado entre nosotros, y siento que la transmisión de estos mensajes a los guardianes es una gran responsabilidad. Se trata de una labor muy delicada, porque he de transmitir el mensaje de la forma más completa posible, con una precisión infinita, y afrontar la inmensa tristeza del guardián que ha perdido a un ser querido. Mi corazón siempre debe estar abierto a ellos, porque todos, tanto los humanos como los animales, sentimos tristeza y experimentamos pérdidas en algún momento de nuestra vida. Es algo que nunca debemos olvidar cuando nos encontramos frente a otro ser.

“Todos somos iguales. Todos nos hemos visto en una situación de incompreensión, nos hemos preguntado “por qué”. La muerte nos une a pesar de nuestras diferencias”.

Mi opinión es la siguiente: transmitir los mensajes del Más Allá no es un juego, no es algo que se pueda aprender a hacer, no es una misión ni

tampoco un poder especial del tipo que sea. Se trata de un regalo, y estoy muy contenta de poder hacerlo: es un gran honor. Todas las descripciones que hago al conectarme con el espíritu del animal, siga este vivo o se encuentre en el Más Allá, no son más que el reflejo de las sensaciones que he tenido como Laila, como ser humano. Lo traduzco a mis palabras de ser humano porque si lo transmitiera en lenguaje animal es posible que no lo comprendierais, y así puedo apelar a vuestra sensibilidad e intentar que experimentéis parte de estas sensaciones.

Por eso a lo largo del texto indicaré claramente cada vez: «Esto es lo que he sentido, traducido en mis propias palabras». Resulta obvio, por supuesto, que un perro, un gato o un caballo no va a describir sensaciones con palabras como «lapislázuli», «esmeralda», «zafiro», «aterciopelado», «Éter», «mullido», «brazos de Morfeo», etc.

“Los animales experimentan las sensaciones y emociones al instante: ven los colores y notan los olores, pero no tienen un proceso mental como el que tenemos los humanos para describirlos, ya sea a sí mismos o a los demás. Ellos disfrutan con la percepción inmediata de las sensaciones”.

Cuando imparto seminarios de comunicación con los animales siempre insisto en este hecho para evitar fantasías e interpretaciones erróneas durante la comunicación. Lo que quiero es que comprendáis que el espíritu de vuestro animal continúa viviendo y haceros entrever la grandeza de lo que hay Allí. En interés del buen hacer literario y para que podáis experimentarlo emocionalmente he tomado la decisión de traducir en palabras humanas lo que percibo. A veces también se me concede la capacidad de poder ver espíritus de animales. Se me aparecen por su propia voluntad en distintas situaciones con un mensaje para su guardián: yo no soy más que un instrumento para transmitir estos mensajes. Puede ocurrir en cualquier parte: en una sala de seminario, en el restaurante de un avión...

A menudo vienen a mí sin que esté particularmente preparada, pero es maravilloso ver el espíritu de un gato paseándose él solo por un avión, el de un perro acurrucado a los pies de una persona o el de un caballo en mitad de la sala durante un seminario. Cuando se me aparece el espíritu de un animal me pongo en actitud receptiva para poder captar el mensaje y poder transmitirlo correctamente después. Me preguntaréis si estos mensajes son reales o una simple ilusión creada por mi propia imaginación. Evidentemente, no puedo afirmar categóricamente ni una cosa ni la otra, pero en mi interior sé muy bien cuál es la verdad.

Gracias a las numerosas ocasiones en las que me ha sido concedido el regalo de poder establecer conexiones from Spirit (de un Espíritu a otro) con animales que están en el Más Allá he podido obtener pruebas que

demuestran que de verdad accedo a la conciencia viva del animal fallecido: los mensajes que me transmiten los animales contienen detalles concretos que yo no tendría manera de saber de otro modo y que el guardián confirma posteriormente. Son mensajes que me hacen llegar por iniciativa propia y que siempre son inesperados. Hay veces incluso en las que el mensaje es de otro ser humano fallecido y el animal tan solo lo transmite.

En una ocasión, por ejemplo, estaba en una cuadra y de repente sentí fuertes escalofríos, una sensación extraña. Apareció en mi campo visual la figura de una mujer que parecía salida del éter*: era la madre del jinete con el que estaba hablando, que tenía un mensaje para él. Yo no le conocía y no sabía que su madre había muerto. Fue una experiencia muy clara e insistente aunque breve. Este tipo de mensajes, que tienen sentido para el familiar que queda en la tierra, me permite saber con seguridad que quien me lo transmitió fue el espíritu de una persona fallecida.

El hecho de que se comunique conmigo aunque haya fallecido significa que su conciencia sigue viva. ¿Cómo podría si no hablarme y darme información que yo no podría saber de otro modo? No tengo ninguna duda al respecto, y esta certeza se la debo a las numerosas conexiones que he establecido con animales y con algunos humanos que están en el Más Allá. Estas conexiones y mis muchos años de práctica me han permitido también desarrollar la capacidad de discernir si lo que percibo es real o no. Los animales se me aparecen prácticamente en todos los casos con la personalidad que tenían en su vida terrenal y un aspecto joven y saludable, resplandeciente de vitalidad y alegría de vivir. Es como si el cuerpo que se me presenta fuese una versión perfecta del que tenían en vida.

Con esto no quiero decir que el animal conserve este cuerpo y personalidad: lo que pienso más bien es que se aparece de este modo para que yo y el guardián podamos reconocerle, sobre todo en los casos de apariciones por iniciativa propia. ¿Será que los animales conservan la identidad de su vida pasada durante un tiempo antes de marcharse a otro lugar o cambiar de cuerpo? Los animales siempre se me aparecen con cuerpos sanos y sin enfermedad alguna aunque hayan sufrido mucho en vida, pero yo estoy convencida de que en el Más Allá no tienen esa apariencia. A veces los percibo como una conciencia pura, un resplandor lleno de alegría con forma etérea. De todos modos la energía que emana de ellos, la esencia de su ser, lo que yo llamo su firma o identidad, siempre es reconocible. Cuando digo firma me refiero a su esencia, al tipo de espíritu o energía propio y único de cada animal.

“En el Más Allá todo ha sido creado a partir de una energía espiritual, no física. Es un lugar o un estado compuesto de luz y de amor”.

No me cabe duda de que la vida continúa después de la muerte física. En mi interior lo sé con absoluta certeza. Para mí la muerte es un pasaje a la otra vida, y pienso que las otras vidas y lugares existen paralelamente a los que conocemos, quizá incluso simultáneamente. Las experiencias que he tenido me dicen que en el interior del Más Allá existen distintos niveles, pero esto no tiene relación alguna con el momento cronológico del fallecimiento del animal, que puede haber sido ayer o hace cinco años: nuestros conceptos de espacio y tiempo no son aplicables allí. Está la primera capa o apariencia, donde yo establezco las conexiones.

Es la que más se parece a nuestro mundo físico, y allí los animales conservan las características que tenían en su vida pasada. A veces veo al animal con una personalidad más pronunciada dentro de un marco geográfico concreto, a menudo acompañado de otras personas que el animal o el guardián conocen. Hay a continuación otras capas, más intangibles y etéreas, en las que predominan los pensamientos. Si el animal se encuentra en una de estas capas es más difícil ubicarlo.

Generalmente veo allí magníficos y luminosos colores y huelo embriagadores perfumes. En este lugar o estado todo se transmite mediante formas cambiantes creadas por los pensamientos, nada tiene forma fija. Humanos y animales compartimos aquí el mismo idioma, ya no existe nada que nos separe. Incluso los pensamientos se pueden transmitir sin necesidad de palabras ni imágenes, mediante una transferencia directa de «conceptos/sensaciones». El mejor término que se me ocurre para describirlo sería «conocimiento interno instantáneo».

También es posible desplazarse de un sitio a otro tan solo con el pensamiento: allí es como moverse y cambiar de espacio. Existe por último una capa aún más alejada en la que las formas se desdibujan y ya no existe la sensación de tener un envoltorio ni el concepto de sí mismo como individuo. El animal ya es conciencia pura en este punto. La luz es éxtasis. Con todo esto no quiero decir que cada uno de los niveles suponga una mejora respecto al anterior, porque deben existir múltiples realidades; lo que pienso es que el espíritu del animal viaja a través de las sucesivas capas según su evolución. Insisto en que no he escrito este libro para demostrar la existencia de la vida después de la muerte ni para explicar qué es el Más Allá, porque lo que escribo está basado tan solo en mis propias experiencias. No quiero contradecir las enseñanzas de ninguna religión o creencia: es solo que he decidido transmitir estos relatos, nada más.

“Sabed que los animales no nos juzgan en modo alguno, que siempre tienen mucho amor para nosotros, un amor que no se apaga jamás y no se puede apagar, y que hay muchos seres de luz con forma animal cuya compañía nos brinda la posibilidad de compartir, de ser solidarios, de ser felices. No

estamos solos”.

4- Nuestro espíritu

“El nacimiento no es el principio y la muerte no es el final. Lo que hay es la existencia, que no tiene límites. Lo que hay es la continuidad, que no tiene punto de partida. La existencia que no tiene límites es el espacio, la continuidad sin punto de partida en el tiempo” (Chuang Tzu, Zhuangzi, 350-301 a.c.)

Sand, una perrita color arena, está agonizando: se le ha manifestado súbitamente un cáncer pulmonar. Este jueves ya no puede ni levantar la cabeza, de modo que Beverley, su guardiana, tiene que darle de beber con una jeringa. Beverley es médico y no está a favor de la eutanasia, pero tampoco del sufrimiento: es una mujer excepcional, muy inteligente y capaz de sentir empatía. Al ver que Sand se asfixia y no puede hacer nada por ayudarla, piensa que ha llegado la hora de tomar una decisión.

Beverley llama por teléfono a Scott, su marido, del que se separó y que ya no vive con ella, para que pueda decirle adiós a su perra. Scott se marchó un día tras treinta y cinco años de matrimonio, sin más, sin dar explicaciones. Sand adora a Scott: es a él a quien considera su guardián y amigo. Cuando se marchó tres años atrás se pasó más de tres semanas guardando la entrada, esperándole sin moverse delante de la puerta de vidrio. Sin embargo y a pesar de todo, Sand se negó a abandonar a Beverley cuando Scott quiso llevársela consigo. Scott no volvió a ocuparse de ella desde entonces y no regresó hasta ese día en que la perra tenía ya los pulmones llenos de metástasis de un tumor maligno.

Beverley y Scott toman la decisión de llevar a Sand al veterinario para que le ponga la inyección final. Beverley, mientras espera a que llegue Scott, le inyecta a Sand una dosis triple de valium para que se duerma rápidamente en casa. Sin embargo, en su interior sabe que algo no va bien. Sand no está preparada, se resiste; normalmente una dosis así provoca el coma profundo en menos de diez minutos, y sin embargo media hora más tarde la perra sigue consciente, mirando a su guardiana con ojos suplicantes.

Beverley me había conocido unas semanas antes en una conferencia. Me llama por teléfono y como por milagro estoy al otro lado de la línea y puedo contestar inmediatamente. Beverley me lo explica todo: quiere saber por qué no se duerme la perra y qué significa esa mirada suplicante. Al comunicarme con el espíritu de Sand puedo percibir sus pensamientos y emociones a pesar del efecto somnífero del valium: Sand sabe que va a partir, es consciente del mal que la consume, pero no está preparada aún. Quiere un poco más de tiempo, solo un poco más, lo justo para despedirse antes de

que la cosa que hay en su cuerpo se la lleve.

Beverley comprende lo que le traduzco a lenguaje humano, y el espíritu cartesiano que desarrolló durante sus estudios de medicina ya no se enfrenta a los deseos de su corazón. Sand y ella están ahora unidas, y quiere que el deseo de la perra se cumpla. Y yo, aunque no conozco a Beverley, también estoy unida a ella ahora a través de Sand. Sin embargo, en ese momento llega su marido Scott para despedirse de Sand. No quiere saber nada de lo que le dice Beverley, se niega a escuchar sus palabras: años de peleas y rencor se interponen entre ellos como un muro infranqueable. Scott insiste en llevarse a Sand en coche al veterinario cuanto antes y le prohíbe a Beverley que vaya con ellos.

Beverley llora: llora por Sand, por los años que han pasado, por la hostilidad que reina entre ella y Scott. Beverley vuelve a llamarme para pedirme que hable con Scott, pero él se niega porque no cree en estas cosas. Piensa que su perra debe partir, y por eso quiere llevarla al veterinario lo antes posible, para que no siga sufriendo. Vuelvo a conectarme con Sand: se siente impotente ante la situación y aturdida por el efecto del valium. Agotada, se esfuerza por levantar la cabeza, que descansa entre las manos de su querido Scott. «Voy a intentar una cosa», le digo a Beverley.

No sé hasta qué punto tengo derecho a intervenir en la vida de los animales y por extensión en la de los humanos, pero como Sand quiere quedarse más tiempo, cumplo mi promesa de respetar sus peticiones y remito la responsabilidad a «Más Arriba». Con la ayuda de mis Médicos del Cielo, le realizo a Sand una «sanación a distancia». En esta historia que estamos viviendo todos juntos en este momento, la decisión del pasaje de la vida a la muerte no la tomo ni yo, ni los guardianes, ni los veterinarios: esa decisión queda entre el alma de Sand y el Creador. Es posible que este pasaje suponga la curación definitiva, que partir hacia la luz signifique la recuperación total: volver a estar completo, a ser Uno con el Gran Todo, dejar de estar fragmentado y de ser víctima de una ilusión, del velo de Maya*, el de la separación.

Al realizar esta sanación a distancia estoy intentando ayudar al menos, por el bien de todos nosotros: por Sand, que quiere quedarse un poco más; por Beverley, que derrama lágrimas de impotencia por teléfono; por Scott, que me da tanta pena, porque no comprende lo que Sand ha venido a mostrarle; por todos los animales que he perdido y tanto he querido; por mí y «mi corazoncito», como me dicen los Médicos del Cielo; porque en ese instante todos, Sand, Beverley, Scott y yo, somos un mismo corazón. No tengo mucho tiempo: Scott se dispone a llevarla al veterinario.

Pienso: «Bueno, si al menos consigo que se sienta mejor...». Unos diez

minutos más tarde, cuando Scott está a punto de meter Sand en el coche, la perra se levanta, camina, se dirige a las croquetas, ¡come! Scott no entiende nada, se queda atónito. Ya no se atreve a llevarla al veterinario, piensa que quizá sea demasiado pronto. ¿Y si esto demuestra que Sand no quiere que le pongan la inyección aún? Beverley y Scott deciden esperar y que Sand pase la noche en casa de Beverley. Por mi parte continúo realizándole a la perra sanaciones de urgencia.

Al día siguiente Sand sigue en pie, está incluso en buena forma. Me comunica que quiere quedarse aún un poco más para poder decirle adiós a Scott y pasar sus últimos momentos con él. Scott sigue sin creerse que sea posible hablar telepáticamente con un animal, y menos a distancia, pero aún así se la lleva a su casa. A pesar de lo avanzado de su enfermedad, Sand se pasó cuatro días corriendo, jugando, comiendo, subiendo a la montaña con Scott, y disfrutando de la vida como si el cáncer no existiera, como si no tuviese ningún poder sobre el cariño que ambos se profesaban.

La cuarta tarde orinó un poco de sangre. El miércoles por la mañana Beverley recibió un SMS de Scott: «Sand acaba de dormirse plácidamente en mis brazos». Más tarde, Beverley me dijo: «Sand ha podido disfrutar de sus cuatro días de felicidad». Al alzarse hacia los cielos, el espíritu de Sand se llevó la tensión y los conflictos que había entre Scott y Beverley, que me dijo que a pesar de todo siempre querría a su marido.

“No hace falta esperar a la muerte para perdonar, para amar. Cada instante que pasamos aquí en la tierra tiene un valor inmenso. En el momento de la muerte, todo aquello a lo que estábamos apegados, todo lo que nos parecía importante, desaparece. Lo único que queda realmente es el Amor, lo demás no es más que Maya, una ilusión”.

Tuve la inmensa suerte de crecer en el seno de una familia maravillosa, cariñosa e intelectual, con unos padres que me apoyaron y comprendieron a pesar de ser diferente. Me crié en un ámbito científico y literario, rodeada de muchas ideas, historia y filosofía. Mi familia me enseñó a pensar por mí misma. Mis padres, que eran personas íntegras, no juzgaban jamás a los demás. Era esta una cualidad que tenían por naturaleza, sin la noción de castigo propia de las religiones: era su forma de ser, que habían desarrollado gracias a su filosofía de vida.

Yo tenía vía libre para creer en lo que quisiera, ya que mis padres consideraban que las religiones dogmáticas eran causa de guerras y de las masacres de muchos pueblos. Pensaban que el hombre tiene la capacidad innata de ser bueno y honesto, y que la mayor parte de los errores cometidos en la historia se deben a la ignorancia. Cuando hablaba con ellos y les hacía preguntas sobre lo que hay después de la muerte me dejaban pensar lo que

quisiera al respecto, pero si insistía me respondían que después no había nada más. Yo decía: «¿Cómo que nada más? ¡Es imposible que no haya nada! ¿Qué es la nada? ¿Cómo es?»

Ellos me explicaban que el cuerpo se quedaba en la tierra, y yo preguntaba: «Pero la otra parte, ¿dónde va?». Ellos respondían: «¿Qué otra parte? Después no hay nada más». Me explicaban las creencias de las distintas religiones, como los conceptos de paraíso e infierno, pero a mí no me parecía que todo aquello tuviese mucho sentido... Tenía derecho a creer lo que quisiera, a encontrar el sentido que quisiera. En España, en la isla de Formentera en la que me crié, Manuela, una mujer payesa que era de allí y cuidaba de nosotros, describía el infierno de forma muy precisa y gráfica.

Yo no entendía por qué había tanto fuego y cómo era posible que aquello fuese para siempre. A menudo miraba el tríptico que había en una de las paredes de la casa de mis padres, El jardín de las delicias de El Bosco*: Infierno, Paraíso y Limbo. ¡Nada más! Mis padres me dijeron que algunas creencias consideraban que el Limbo no era lo mismo que la Nada. Nada de todo aquello tenía sentido para mí. Me pasé toda la infancia debatiéndome con el concepto de la Nada.

Pensar en este «Nada Más» me llenaba de angustia: Nada Más, el sitio donde ya no existían ni mi ser ni el espíritu, aunque yo distinguía muy bien la diferencia que había entre mi cuerpo, mis pensamientos y la otra parte, aquella que de niña llamaba «yo, que vive y va por doquier». Un día estaba pensando en la Nada mientras miraba por la ventana del apartamento de París en el que vivíamos. El cielo era gris y triste. Me entró una gran angustia al pensar que el «yo, que vive y va por doquier» iba a dejar de existir. No podía dejar de darle vueltas a la idea de un gran Vacío oscuro que devoraba al «yo, que vive y va por doquier», ¡pero era imposible que ese vacío fuese real, que existiese! Y de repente, fue como si un inmenso relámpago de comprensión iluminase mi interior: el «yo, que vive y va por doquier» continuaría existiendo siempre, mucho después de que mi cuerpo dejase de hacerlo; trascendería las ciudades y los tejados grises de París, las copas de los pinos de mi isla, a mis padres, a mi hermano, a mi colegio y a mis pensamientos de pequeña Laila.

“El «yo, que vive y va por doquier» se funde con todo, forma parte de todo, existe siempre, viene y va. El vacío no existe: todo el espacio está ocupado, el vacío en realidad no es más que luz”.

Me embargó una inmensa sensación de paz y felicidad. Iba a existir para siempre. Tenía unos nueve años. Desde entonces siempre he sabido que la muerte no existe. Todo el mundo tiene un «yo, que vive y va por doquier», y los animales igual. Además, todos nosotros podemos volver a la tierra

cuando queramos. Pienso que todos, tanto humanos como animales, formamos parte de una esencia espiritual, que es nuestro estado natural. El «yo, que vive y va por doquier» es nuestro espíritu, que utiliza un cuerpo físico como vehículo para la conciencia. Este cuerpo físico no es el espíritu, no es más que un envoltorio móvil que sirve para explorar el mundo físico.

Los hawaianos creen que el espíritu (uhane) vive independientemente del cuerpo (kino). Sin la fuerza del espíritu, el cuerpo se queda inerte. Solo los Kahunas* pueden ver los espíritus de los fallecidos y traerlos de vuelta a la vida. Cuando un Kahuna devuelve un cuerpo a la vida ve el alma volando alrededor del cuerpo y sobre la tierra y el mar.

“Una vez que el cuerpo ya no nos es útil, nuestro espíritu abandona su envoltorio terrestre y sale volando como un pájaro hacia otras dimensiones. El Kahuna ve el espíritu volando, lo atrapa y lo pone en su cantimplora. El pájaro queda entonces prisionero, ya no es libre. Eso es lo que llamamos estar vivo”.

5- Cuando un animal parte

“Vine al mundo con las manos vacías y me voy con los pies desnudos. Vengo, me voy. Dos acontecimientos simples que se han enredado” (Kozan Ichikyo)*, poema de despedida.

En casa de los padres de Heather, de siete años, había una cabrita, Freesia. Un día, Freesia tuvo un cabritillo completamente negro: el pequeño y adorable Night. Heather le quería mucho; se hicieron amigos enseguida, y Heather iba a verlo todos los días para pasarse horas jugando con él en el cercado. A Night le gustaba empujar la cabeza contra la mano de la niña y juntos hacían como que peleaban para ver cuál de ellos era capaz de empujar más fuerte al otro. Al principio Heather ganaba siempre, pero a medida que crecía, Night se fue haciendo más fuerte poco a poco. Empezaron a salirle unos cuernecitos diminutos y suaves en la cabeza. Cada vez le gustaba más jugar con Heather frente contra frente.

Un día, la madre de la guapa chiquilla entró en su habitación para decirle que no podían seguir teniendo en casa al cabritillo negro porque era un macho, y los machos huelen mal y son difíciles de contener. Heather no quiso ni oír hablar del tema: ella quería a su cabritillo negro, ¡aunque fuera a hacerse grande y a oler mal! La madre insistía cada día y le repetía que no iban a quedárselo y que estaban pensando en sacrificarlo. Heather no quería que aquello ocurriese y se oponía rotundamente. Pasaron varias semanas y Night, el cabritillo negro, seguía creciendo... Una mañana, queriendo jugar con su guardiana, Night le hizo daño al empujar fuerte con su cabeza coronada de cuernecitos incipientes. Heather tuvo miedo, porque se dio

cuenta de que su amigo era ahora más fuerte que ella y de que podía hacerle daño sin querer. Cuando su madre volvió a verla ese mismo día para repetirle que había que sacrificar al cabritillo, la chiquilla estuvo de acuerdo.

Dijo: «Vale, pero quiero despedirme de él y estar allí cuando papá lo mate». Así, al día siguiente, Heather fue a ver a su cabritillo Night, le acarició durante largo rato, le pidió perdón, le dijo adiós y le explicó que iba a ir al paraíso de los cabritillos. Heather lloraba entonces y aún llora hoy en día. Fue muy doloroso, pero había tomado una decisión y sin duda sabía también que de todas formas sus padres habrían terminado por sacrificar a Night sin avisarla. Heather quería estar con su cabritillo hasta el final, no quería abandonarlo. Por ello, se quedó allí sin decir palabra, viendo cómo su padre degollaba a su amigo Night. Heather lloraba silenciosamente mientras contemplaba sus pequeños estremecimientos, su sangre derramándose, su vida apagarse. Se quedó muda, horrorizada por la traición que había cometido contra su amigo, por haberle llevado a la muerte sin protegerle, sin protestar siquiera. Heather no olvidará jamás aquel momento, y aún no se ha recuperado de aquello.

Todavía derrama lágrimas cuando piensa: «Traicioné a mi amigo y le mandé a la muerte». La pequeña Heather ha crecido y es ahora una bella mujer, un ser magnífico y compasivo. Es la guardiana de un gato adoptado llamado Sunset, que tiene parálisis del tren posterior, es incontinente y tiene que usar pañales. Ha sobrevivido a fracturas y múltiples enfermedades, y a pesar de todo sigue corriendo como un kamikaze por toda la casa, arrastrando las dos patas traseras. Cada vez que vuelve a fracturarse un miembro, Heather piensa brevemente en la eutanasia. Todos a su alrededor se lo recomendaban, incluido el veterinario, que no estaba seguro de que fuese posible realizar una nueva operación. Pero Heather no cedía por respeto a la extraordinaria personalidad aventurera y valiente de Sunset. Se ocupaba de él las veinticuatro horas del día, sin un solo día de descanso, y no podía dejarlo nunca solo.

Aunque estaba agotada, Heather admiraba a Sunset por su tenacidad, su dulzura, su cariño y sus increíbles ganas de vivir y sobre todo, no quería abandonarlo. Así las cosas, Heather me llamó para sanar a Sunset. Sentí gran admiración por Heather, por su gran corazón, su valor y su perseverancia contra viento y marea. Ella no se daba cuenta de que poseía las mismas virtudes que su gato Sunset. Me dijo lo siguiente: «Traicioné a mi amigo y le mandé a la muerte. Entonces... ¿cómo voy a traicionar a otro amigo? No puedo traicionar a Sunset... ¡no puedo!». Heather no le ha traicionado, al contrario: es gracias al extraordinario cariño que siente por Sunset que él sigue ahí y está en forma a pesar de su incontinencia. Juega mucho y se pasa la mayor parte del día haciendo carreras con el otro gato de la casa.

Desde su más tierna infancia Laila del Monte ha mostrado una sensibilidad especial que le ha permitido el acceso a numerosas experiencias de las diferentes dimensiones o regiones de la naturaleza.

Gracias a las conexiones que establece con los animales fallecidos puede recibir los mensajes que nos envían y responder a las ***preguntas que siempre nos hemos hecho sobre su muerte y su transición.***

A través de estas páginas podemos experimentar el proceso de preparación a la muerte, comprender si nuestro animal está preparado o no, cuales son sus decisiones, que parte tiene el destino y cual es verdaderamente la voluntad de su Ser.

Laila del Monte nos presenta importantes reflexiones sobre el hecho tan común de la ***eutanasia*** en los animales: ***¿Es un acto frío que se hubiera podido evitar? o ¿Es un acto de compasión? ¿Cuáles son los obstáculos que impiden que nuestro animal pueda morir en paz y armonía?***

Este libro habla de forma sencilla y conmovedora sobre el ***amor*** que nos une a nuestros ***animales de compañía*** y la ***tristeza*** tan profunda que nos ***provoca su partida.*** Ilustra el pasaje o transición de los animales hacia el Más Allá y nos ayuda a entrever lo que hay para ellos «Después».

Llevados de la exposición de distintos casos y animales, comprendemos como los animales fallecidos, nos transmiten sus mensajes del Otro Lado por medio de todo tipo de señales, sueños, visiones y coincidencias. Aprendemos que a pesar de su ausencia, nos podemos conectar con ellos.

Estos ***mensajes nos dan esperanza y disminuyen el duelo*** que sentimos, así como el temor a la separación... Llegamos a entender profundamente dentro de nuestro ser, que ***la vida continúa y que la consciencia de nuestro animal sigue existiendo*** en otra dimensión que nosotros no percibimos, pero que podemos llegar a percibir.

Esta obra está dirigida a toda persona, tenga o no animales, con anhelo sincero de descubrir la dimensión espiritual que conocen los animales en su viaje hacia el Otro Lado.

17 €

I.S.B.N: 978-84-940658-4-2



9 788494 065842